

género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO
VOLUMEN 1 NUMERO 1 MAYO-AGOSTO 1993

género
Y SOCIEDAD

Género y Sociedad es una publicación cuatrimestral del Centro de Estudio del Género del Instituto Tecnológico de Santo Domingo que difunde trabajos teóricos contentivos de un análisis crítico del orden genérico discriminatorio.

Dirección

Lourdes Bueno

Margarita Paiewonsky

Ginny Taulé

Edición

Margarita Paiewonsky

Asesoría y Colaboración

José Ramón Albaine

Lucero Arboleda

Para información dirigirse a:

Género y Sociedad

Instituto Tecnológico de Santo Domingo

Apartado Postal 342-9

Santo Domingo, República Dominicana

Tel.: (809) 567-9271 ext. 284

Fax.: (809) 566-3200

Dirección electrónica: intec2!genero@redid.edu.do

Se acepta canje con publicaciones similares.

Precio por ejemplar: RD\$25.00

US\$10.00

Las ideas expresadas en esta revista son responsabilidad exclusiva de las/os articulistas.

Impreso por Editora Buho

Tels.: 532-2343/533-6606

Santo Domingo, R.D.

Género y Sociedad cuenta con el apoyo de la Fundación Ford.

CONTENIDO

Democracia y movimientos de mujeres: Hacia una redefinición de los espacios políticos <i>Clara Báez</i>	1
Mujer y desarrollo: La experiencia de los proyectos de generación de ingresos <i>Lourdes Bueno</i>	21
Imagen de la mujer en los textos de historia dominicana <i>Margarita Paiewonsky</i>	30
Análisis genérico del trabajo secretarial en Santo Domingo <i>Ginny Taulé</i>	60
Mujer y construcción de la identidad social <i>Josefina Zaiter</i>	85
Guía para el sometimiento de artículos	109

DEMOCRACIA Y MOVIMIENTOS DE MUJERES: HACIA UNA REDEFINICION DE LOS ESPACIOS POLITICOS*

Clara Báez* *

Desde una perspectiva epistemológica de género, se esboza la participación de la mujer en los movimientos sociales urbanos de América Latina y el Caribe, haciendo algunas precisiones sobre las características de esta presencia en República Dominicana y destacando cómo su participación mayoritaria en las organizaciones comunitarias -mediadas por la territorialidad y los roles genéricos femeninos- la constituye en la base social de estos movimientos.

I. Ampliación y redefinición de los espacios políticos

1.1 *La presencia de las mujeres de América Latina y el Caribe en los movimientos sociales*

* Este artículo se basa en dos trabajos de investigación realizados por la autora; en 1989 (*Las mujeres en el movimiento social urbano dominicano: el caso de la ciudad de Santo Domingo*), con la colaboración de Mariví Arregui y en 1991 (*Mujer, salud y organización: el potencial político-organizativo de estas experiencias en América Latina y el Caribe*), con la colaboración de Raymundo González. Fue presentado en 1992 en el Seminario Estudios de la Mujer de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, "Feminismo, Ciencia y Transformación Social".

*Estadística-Demógrafa, experta en estudios de la mujer.

El debate científico-político

El debate político y la producción teórica -iniciados a fines de la década del 60- sobre los movimientos sociales en América Latina y el Caribe han logrado avances importantes, despojándose de ortodoxias y destacando el carácter clasista heterogéneo -ya no sólo proletario- del sujeto histórico factible de construir procesos de transformación social.

Sin embargo, un espeso velo ideológico producto de la cultura patriarcal que ha permeado los paradigmas de las ciencias sociales ha impedido, hasta años muy recientes, visualizar la presencia fundamental de las mujeres en estos movimientos sociales -fundamentalmente urbanos- en América Latina y el Caribe y, por consiguiente, no es mucho lo que sabemos al respecto.

En este sentido, al decir de Morris Blacman, disponemos de una memoria histórica colectiva distorsionada y deficiente de estos movimientos (1980).

La asunción de una perspectiva epistemológica de género, ha abierto la posibilidad de pensar un sujeto colectivo y superar la noción de sujeto-hombre-transcendente, en la que se subsumía a todos los sujetos sociales. Para la mujer, la equivalencia humano=masculino aún vigente en el quehacer científico, no sólo ha obviado la complejidad y diversidad de los actores sociales, sino que, de manera específica, la ha relegado a la invisibilidad, la distorsión y la especulación (Bonder, 1982).

Eclosión de los movimientos de mujeres

Hoy día, empero, es visible en todos los países de América Latina y el Caribe la existencia de múltiples formas de participación social y política de las mujeres, gestadas de manera autónoma en diferentes ámbitos de la sociedad. De Barbieri y de Oliveira señalan que algunas de estas movilizaciones de las mujeres se basan en las especificidades de género. En otras, el punto de partida es la

articulación de género con otras distancias sociales, tales como, las de clases, las étnicas, las mediadas por grupos de edad, etc. En las más de las veces, las especificidades del género se construyen en la marcha, no constituyen un punto de partida. Ellas afirman que lo que parece ser una constante en todas ellas es que:

...en algún momento de su trayectoria, las limitaciones que imponen la subordinación de género se hacen claras, y el asumir-las como problemática, cambian de giro la forma de estar presentes, las demandas a los otros actores y fuerzas sociales.... (1987:42).

Por otra parte, estas investigadoras también destacan cómo en América Latina y el Caribe se han verificado notables transformaciones en partidos políticos, sindicatos y movimientos guerrilleros en relación con la participación de las mujeres y como se ha dado una proliferación de agrupaciones de mujeres que luchan por los derechos humanos, frente a un terrorismo de Estado, que hace incierto el derecho a la vida.

Empero, ellas afirman que uno de los temas de investigación aún pendientes es la relación entre la eclosión del movimiento social de mujeres en América Latina y el Caribe ocurrida durante la década de 1980 y la exarcebación de la crisis socio-política y económica de la región. En este sentido, es posible que los procesos socioeconómicos estructurales al reforzar las desigualdades sociales, de clase y género, han abierto el camino a múltiples y variadas formas de protesta social de las mujeres, quienes frente al debilitamiento del papel del Estado como prestador de servicios de salud, educación, transporte, vivienda, subsidios a productos básicos, etc., han politizado la cotidianidad y han develado el mito del "Estado Benefactor" -por lo menos en América Latina y el Caribe- delimitándolo claramente como un adversario.

Es también la década de los 80, donde se inicia otra eclosión: la de científicas sociales mujeres, quienes haciendo visibles los movimientos protagonizados por las mujeres, están introduciendo dentro de la discusión sobre la composición social de estos movimientos y

sus derivaciones político-organizativas, el papel estratégico que ellas juegan en su sostenimiento y la problemática específica que significa en sus vidas su participación en los mismos.¹

La ciudad y las mujeres: nuevo centro de contradicciones y nuevos actores sociales

Los estudios consultados y las entrevistas realizadas para la elaboración de este ensayo, coinciden en afirmar que las mujeres, por su presencia mayoritaria, constituyen la base social de los movimientos populares urbanos de América Latina y el Caribe, cuyas luchas y reivindicaciones están centradas en la demanda al Estado de servicios sociales que, dado los precarios niveles de subsistencia de las clases subalternas, son socialmente necesarios para la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo.

Estos movimientos sociales urbanos, aparecen con carácter protagónico en América Latina desde la década de los años 70. La lógica que rige estos cambios está inscrita en la naturaleza de los procesos de urbanización sin precedentes que ha conocido América Latina, donde la concentración de la población en las ciudades se ha dado a un ritmo muy rápido.

Las causas del crecimiento de las ciudades latinoamericanas no están asociadas solamente a la atracción poblacional ejercida por los centros industriales ubicados en ellas, sino más bien a un éxodo rural, provocado por la descomposición de formas productivas campesinas incapaces de resistir la competencia de la penetración capitalista en el agro (Castells, 1981).

¹ Se destacan aquí Teresita de Barbieri, Orlandina de Oliveira, Ana Sojo, Alejandra Massolo, Lucila Díaz Ronner, Narda Henríquez, María Josefina Huaman, Cecilia B. Guerrero, María del Carmen Feijoo y Eva Blay Alterman.

En este sentido,

...el capitalismo con su lógica intrínseca de desarrollo desigual, no solamente a nivel mundial (*entre países*) o nacional (*campo-ciudad*), sino al interior mismo de la estructura urbana de la ciudad (*barrios "marginados" vs. barrios residenciales*) ha conducido a la explosión de una crisis urbana, donde millones de personas viven hacinadas en grandes ciudades sin acceso a trabajo asalariado, sin viviendas adecuadas y sin acceso a servicios mínimos de agua, electricidad, alcantarillados, educación, salud, etc.... (Castells, 1981:171).

Así, la ciudad se ha convertido en el centro de las contradicciones sociales, donde nuevos actores sociales, en su mayoría no ligados a un salario o a un puesto fijo de trabajo -y entre los cuales las mujeres comienzan a destacar un perfil social con una fuerza y nitidez histórica desconocidas- están reclamando al Estado sus derechos y aspiraciones de cambio social.

Claramente, las contradicciones de la ciudad capitalista están delimitando a sus protagonistas públicos:

- Por una parte el Estado, responsable de intervenir en la reproducción de la fuerza de trabajo, el cual se muestra incapaz de satisfacer las necesidades sociales, sin realizar cambios estructurales.
- Por otra parte, los movimientos sociales urbanos, cuyas demandas insatisfechas asumen expresiones reivindicativas y generan núcleos de "contrahegemonía".

La mediación de territorialidad e identidad sexual genérica en la participación urbana

La presencia de las mujeres en este movimiento se hace a través de su integración en grupos comunitarios de vecinos, cuyo radio de acción reivindicativa es fundamentalmente el barrio, y su inserción grupal se hace en términos genéricos, principalmente como amas de casa o grupos de madres: territorialidad y una participación mediada

por el género, son aspectos novedosos de estas formas organizativas vecinales.

Como bien lo expresa Massolo, son precisamente los roles genéricos femeninos el enlace que traslada a la mujer a la esfera pública, como una extensión de la actividad doméstica cotidiana que ella lleva a cabo para poder asegurar -aún sea precariamente- la reproducción familiar y, a nivel de la sociedad en su conjunto, la reproducción de la fuerza de trabajo (Massolo, 1986).

Base social y dirección: la vigencia de estereotipos genéricos

Por otra parte, es ésta determinación genérica de la participación femenina en el movimiento popular urbano, lo que explica la precaria presencia de los hombres como base social de estos grupos comunitarios de vecinos, quienes circunscriben su presencia, la mayoría de las veces, como grupo dirigente, lo que por fuerza limita su número, o como grupo coyuntural de apoyo, más numeroso, en los momentos de luchas consideradas por ellos de carácter "más político" tales como huelgas, marchas, negociaciones. Esquemáticamente podríamos caracterizar la relación entre mujeres y hombres en el movimiento popular urbano, como una relación entre la base social y su dirección.

Esta constatación nos permite detectar la permanencia al interior mismo del movimiento social urbano, de una segregación propia de la sociedad patriarcal que consiste en dividir el quehacer social de hombres y mujeres en esferas separadas en función de sus diferentes identidades genéricas: la esfera "privada" de la reproducción como asunto de mujeres y la esfera "pública" de la producción, la política y el liderazgo como asunto de hombres.²

² Es pertinente llamar la atención sobre la esfera de la producción; en sentido estricto, es *míticamente* asunto de hombres, pues las estadísticas laborales revelan la notable presencia de las mujeres en los sectores formales e informales de la economía. No es menos cierto que esta participación laboral femenina está marcada por la discriminación salarial de origen genérico, establecida en el marco de un hipotético salario familiar, donde al hombre se le paga el salario "principal" y a la

La vigencia de rasgos patriarcales al interior del movimiento popular de mujeres, presenta un doble aspecto: por un lado, el nivel micro-social de las propias organizaciones, donde se plantean los desafíos inmediatos de los movimientos de mujeres, y, por otra parte, el aspecto macro-social de las relaciones de poder, que no puede reducirse a una simple agregación del nivel micro, y que requiere por tanto pensarse de manera específica. Sin embargo, las mujeres están tomando conciencia de este fenómeno, lo denuncian y se proponen superarlo.³

Lo público vs. lo privado: la fragmentación ideológica de la totalidad social

A nivel de la sociedad en su conjunto, esta segregación entre la esfera pública y la esfera privada, ha querido mantener oculta la dimensión política de la reproducción social, confinándola a la esfera de lo "natural" y subsidiando así al Estado, a través del trabajo gratuito que las mujeres realizan cotidianamente: connivencia evidente entre las relaciones sociales patriarcales y las capitalistas.

En este sentido, son las mujeres quienes asumen mayores responsabilidades para resolver las necesidades de consumo de servicios colectivo que la familia requiere, tales como vivienda, servicios médicos, escuelas, abastecimiento de alimentos, de agua potable, de

mujer el salario "de apoyo", o "complementario".

³ Brugada ofrece algunos testimonios al respecto: "...Nos hemos dado cuenta del papel estratégico de las mujeres del movimiento urbano popular como fuerza social revolucionaria. Ahora tenemos la gran tarea de desarrollar y consolidar este movimiento de mujeres para sentar las bases, desde ahora, de una liberación completa del ser humano...". "...[Empero] aún cuando... conforma[mos] la mayoría activa en estos movimientos, existe una contradicción en el rol que [jugamos] dentro de las organizaciones, porque nuestro papel, en general, absurdamente, no es el de la dirección de la lucha, más bien es de apoyo o soporte en la medida en que se nos asignan tareas de menor responsabilidad, o de menor jerarquía o las que supuestamente nos corresponden como mujeres...". "...[Sin embargo] las mujeres hemos descubierto nuestras potencialidades políticas como organizadoras, agitadoras, dirigentes y estamos aprendiendo a negociar nuestras demandas... colectivamente... [además]... se tiene el objetivo de desarrollarnos como columna vertebral del movimiento, con todo lo que esto implica, para rebasar el hecho de ser sólo base de apoyo..." (Brugada, 1985: 20, 21 y 24).

servicios sanitarios... como una problemática que "naturalmente" les compete afrontar (Báez, 1988).

Sin embargo, la participación de las mujeres en las luchas urbanas, desde reivindicaciones centradas en la reproducción, le devuelve su politicidad y su carácter de totalidad a las diferentes esferas de lo social, puesto que las luchas emprendidas desde la producción, en pos de la disminución de la tasa de explotación, mediante el reclamo de un mayor nivel salarial -protagonizadas principalmente por los hombres- y las luchas de las mujeres para que el Estado se haga cargo de suplir los servicios sociales de uso colectivo, tienen como objetivo común reducir los efectos de la explotación capitalista. O como lo expresa Massolo, la expoliación y opresión de los pobladores populares urbanos en las ciudades latinoamericanas es el correlativo de la relación de explotación en la fábrica (Massolo, 1986).

La cotidianidad: ¿enlace entre lo público y lo privado?

Es precisamente a las mujeres, a quienes les ha correspondido la *tarea histórica de develar el carácter político de estas demandas de la cotidianidad y el gran potencial movilizador que las mismas imprimen a las luchas políticas*. En este sentido, Castells, destaca el rol de las mujeres en estos movimientos por su capacidad de estructurar grupos de base, que articulan lo cotidiano y lo reivindicativo: esta articulación ha sido históricamente específica de la mujer (Castells, 1982).

Así, a través de la irrupción de las luchas de las mujeres en la vida pública de sus barrios "lo doméstico individual-familiar adquiere un nuevo carácter en tanto cuestión colectiva, puesto que colectivas son las necesidades y colectivas son las demandas" (Massolo y Díaz Ronner, 1985:145) ...iniciándose así el desdibujamiento de las fronteras de la división ideológica entre lo público y lo privado. Las mujeres se han constituido en "gérmenes de ruptura con el orden dominante" (148) y el conjunto del espacio urbano se politiza. Ya no es más la cotidianidad aislada, subor-

dinada, anónima que recorre la ciudad. Ahora es la apropiación de calles y plazas -como aquella donde se ubica el poder presidencial y los poderes públicos de gestión urbana- en tanto "ciudadanas: con capacidad de reclamar sus 'derechos...'" (149).

Hogar y estado: lo personal es político

Hoy, la participación de las mujeres ha hecho visible que Estado y hogar, polos históricamente aislados, son parte de la misma estructura social y política.

Por otra parte, la participación de las mujeres en la vida pública supone una serie de riesgos personales a causa de su subordinación, que el hombre no tiene que correr. Sin embargo esta participación que es lucha, es también una fuente de desarrollo humano que, según resume certeramente Massolo, le está permitiendo a la mujer:

- Relacionarse con la palabra.
- Relacionarse con el poder.
- Relacionarse con la política.
- Afrontar la resistencia a la explotación en la esfera de la producción.
- Relacionarse con otras mujeres y compartir las limitaciones y dificultades que imprimen a su participación pública, la familia, el marido y el Estado.
- Descubrir los problemas específicos como mujer.
- Vencer los miedos para hablar en público.
- Vencer el miedo a enfrentarse a las autoridades.
- Y enfrentarse a los conflictos familiares por sus ausencias de la casa (Massolo, 1986).

Massolo y Díaz Ronner afirman que se trata de:

...todo un proceso de constitución de una conciencia social y política en las mujeres mediante el vehículo de los movimientos sociales urbanos. [De esta manera] ellas se convierten en transmisoras de los conocimientos adquiridos en la esfera pública a la esfera doméstica, meten la política en la casa, hacen de lo

"privado" un espacio de discusión de lo público. Este proceso de socialización de experiencias y conocimientos las lleva a convertirse en agentes politizadores del marido, con el fin de que entienda las razones de la lucha y su importancia de incorporarse a la organización.... (1985:148).

Así, desde una perspectiva de identidad genérica, el compromiso político de las mujeres adquiere una doble dimensión, una que tiene que ver con su desarrollo personal y otro con su compromiso social. Luchar por demandas relacionadas con la vida cotidiana, supone luchar por ellas mismas, por su emancipación, identidad y bienestar personal, al mismo tiempo que se asume una lucha a nivel público, con el grupo o comunidad de la cual se forma parte. Esta doble dimensión sirve para desarrollar una cohesión y solidaridad grupal, que al mismo tiempo se constituye en impulso de sus luchas.

1.2 Algunas precisiones sobre la presencia de las mujeres en el movimiento social urbano de la República Dominicana.

La historia del movimiento social urbano en nuestro país se sitúa cronológicamente en la década del 60, con la aparición de los clubes culturales. Las fuentes consultadas nos hablan de la participación mayoritaria de jóvenes, sin que podamos precisar la presencia de jóvenes mujeres en el mismo.

Los antecedentes conocidos de la participación de las mujeres en los movimientos barriales se sitúa en 1973, con la conformación de "Comités de Amas de Casa", cuya práctica fue mediada "por los intereses particulares de algunas organizaciones de izquierda", los cuales confluyeron aparentemente en su disolución hacia 1978. El rescate de su historia es una tarea aún por realizar (Matías, 1986:50).

Es en la década de los años 80, cuando el movimiento popular urbano, con una participación mayoritaria de mujeres en sus grupos de base, emerge de manera nítida y comienza a perfilarse como hegemónico dentro del movimiento popular dominicano.

Así, es constatable el gran peso que han adquirido en los últimos años las organizaciones territoriales. La emergencia de este movimiento trae características nuevas, tanto a nivel de los actores sociales, como a nivel de sus reivindicaciones y métodos de lucha.

En efecto, los obreros y campesinos, quienes llevaron el protagonismo de las luchas en la década del 70 y principios del 80, fueron desplazados por otros actores de composición social y distribución por sexo y edad más heterogénea: desde proletarios hasta no proletarios; desde hombres jóvenes hasta mujeres jóvenes, adultas y viejas.⁴

Las reivindicaciones, como hemos visto, se extienden más allá del ámbito laboral y van cediendo poco a poco su corporatismo, más acorde con las características de la fuerza laboral dominicana, donde prevalece el desempleo, el subempleo y un alto grado de informalidad laboral. Pero además, estas reivindicaciones comienzan a cuestionar las diferentes dimensiones a través de las cuales se ejerce el poder en contra de las clases subalternas, a saber, en lo económico, lo político, lo genérico, lo racial, lo ecológico, lo cultural....

Asimismo, los métodos de lucha se hacen más novedosos y múltiples, alternándose las huelgas nacionales, los paros barriales escalonados, las marchas, los piquetes, con los toques de calderos, las prendidas de velas y las jornadas de rescate cultural y ecológico.

Las organizaciones populares, que conforman este movimiento urbano dominicano, han sido calificadas como espacios de construcción de la democracia -por lo menos tendencialmente-, reto histórico para un país donde la vigencia de estructuras piramidales autoritarias ha sido la norma de la organización social.

Asimismo, estos espacios populares, constituyen una crítica y una alternativa a la crisis política dominicana, pues ante el doble

⁴Al respecto Cela, Duarte y Gómez revelan que en 1982-83 el 72% de las luchas nacionales fueron obrero-campesinas, mientras que para 1986-87 el 68% de las luchas fueron escenificadas por los sectores populares y medios.

cuestionamiento que su existencia supone, tanto a la legitimidad del Estado como representante de las masas populares, y, al partido, como único instrumento de conducción de las luchas populares, estas organizaciones se están planteando nuevas formas de hacer política, al tomar en sus propias manos la defensa de sus intereses (Villamán, 1987).

Una tarea aún no resuelta por las organizaciones populares -y no solamente por las organizaciones de mujeres- es el cómo trascender la inmediatez de sus luchas y darse un programa global de transformaciones sociales. En otras palabras, cómo lograr la articulación en el terreno político de las reivindicaciones populares, en ausencia de instancias políticas de vocación popular en nuestro país.

II. Democracia y movimientos de mujeres

El contexto en que se han producido los procesos de emergencia de nuevos movimientos sociales en América Latina y el Caribe, ha estado marcado por la crisis de legitimidad del sistema político. Los proyectos que daban cabida a las aspiraciones populares mayoritarias han sido bloqueados, impedidos o frustrados, abriendo paso a una sensación generalizada de desencanto y descrédito de las mediaciones tradicionales que impulsaron esos proyectos. Más allá de la debacle de los socialismos reales, la izquierda latinoamérica venía mostrando fuertes crisis de legitimidad, que vino a ser ratificada por la caída de los socialismos. Los partidos tradicionales igualmente mostraban una crisis de representatividad, que abarca a los gobiernos. De la misma manera, los gobiernos recientes "desde fuera" de los partidos tradicionales tampoco han podido superar la crisis de legitimidad del sistema político (por ejemplo Fujimori en el Perú o Collor de Mello en Brasil).

La presencia de la mujer ha supuesto -como se ha visto anteriormente- la ampliación de los espacios políticos desde su acción local, territorial, situada en una posición de género.

¿Que implicaciones tiene este proceso que se registra en la sociedad civil de América Latina y el Caribe, en términos de la lucha política y de los proyectos alternativos de sociedad?

Lo primero es que las luchas en el ámbito de la cotidianidad, al redefinir las fronteras de lo político, resignifican el proyecto democrático. Este ya no puede limitarse a la relaciones políticas centradas en el Estado y los partidos y tiene que alcanzar las dimensiones sociales del poder y la reproducción. De ahí que los movimientos urbanos de mujeres se planteen las luchas democráticas en sentido amplio, que abarca las relaciones patriarcales en la familia, en la empresa o en el barrio, tanto como la reivindicación de niveles de vida considerados dignos.

En segundo lugar, dicha resignificación alcanza a los sujetos. El sentido de la distinción genérica apunta aquí hacia la pluralidad a que aspira. Se trata de una diferenciación básica para el reconocimiento de la heterogeneidad de posiciones de sujeto en las sociedades de la región.

2.1 Mujer y política: politización de lo cotidiano y formas democráticas de legitimidad

Los estudios sobre las prácticas políticas de las mujeres parecen hoy atravesar una fuerte explosión de crecimiento. Indicativo de la centralidad que hoy ocupa la cuestión del poder.

A ello ha contribuido también el cambio de enfoque en torno al problema del poder -antes exclusivamente centrado en el Estado y los partidos- apreciando ahora la sociedad civil, por cuanto están en ella presentes los sujetos que definen tanto el carácter del poder estatal como de otros poderes contrahegemónicos.

Se ha subrayado en consecuencia la necesidad de identificar otras mediaciones que no se limitan a los partidos políticos. Un ejemplo de ello son los modernos movimientos sociales donde está presente un componente de clase ineludible, cuya constitución sin embargo no

responde únicamente a una determinación clasista. Se trata más bien de "...lógicas sociales, contingentes, que como tales adquieren su sentido en contextos coyunturales y relacionales precisos..." (Laclau y Mouffe, 1987:164).

En efecto, estas lógicas sociales son responsables de la constitución y reconstitución de la hegemonía social -como articulación de diversos discursos desde un centro que se desplaza en función de las demandas internas o externas del sistema político. De ahí que se plantee la hegemonía política en términos de articulación de los conflictos que genera el sistema social en sus diversas instancias.

Manifestaciones de conflictos que recientemente se revelan a la reflexión política constituyen un desafío no pequeño para la formulación teórica de nuevas perspectivas analíticas.

En general, el reto planteado por los llamados nuevos movimientos sociales ha requerido la reconsideración de las definiciones esencialistas en que se basaban los análisis, repercutiendo así en el conocimiento más complejo de la realidad.

Mas plantearse la necesidad de comprender la especificidad del fenómeno de los movimientos populares de mujeres, significa no sólo entender la relación de estas nuevas habitaciones de la política sino que supone una comprensión desmasculinizada -y por tanto más real- de la dinámica de nuestras sociedades.

En una perspectiva de género, la centralidad de esta variable constituye un punto de partida para la crítica de las categorías del discurso político y por lo tanto, de replantear sus contenidos. En este punto, las dificultades saltan a la vista; de ahí que esta tarea la abordemos sólo de un modo indicativo.

Una primera aproximación estaría dada por las estructuras de la vida cotidiana que han penetrado el espacio de la reflexión política y no sólo sociológica e histórica. Anteriormente, la mujer había sido considerada exclusivamente desde la perspectiva de la familia, circunscrita al ámbito privado.

La politización de la cotidianidad significó la apertura de espacios de creación política para las mujeres en las sociedades latinoamericanas y caribeñas contemporáneas. Las vidas de las mujeres pasan a ser objeto de reflexión ya no en relación al ámbito familiar, sino al contexto social en que se desenvolvían. Se trata de recuperar el control de su cotidianidad. Constituye así, una lucha significativa para constituirse como verdaderos sujetos. Biografías y política dejan de ser términos antagónicos: los ha juntado la práctica política de las mujeres.

Ana Sojo ha planteado la cuestión del poder y las luchas por el poder en el contexto de un sujeto social heterogéneo, en la que se sintetiza un conjunto de articulaciones de diversos actores que se revierte sobre la conjunción de intereses diversos incluso contradictorios (Sojo, 1985).

Importa retener algunas consecuencias acerca de la naturaleza de este campo disperso de conflictos e intereses que comprende la cotidianidad. Sojo nos advierte sobre lo inconducente para el análisis del poder el que se considere que los focos locales de poder y contrapoder tengan que resolverse en una constelación de microrrevueltas singulares sin ningún tipo de agregación:

...Contrariamente a la atomización de revueltas microfísicas, consideramos que la inserción de los poderes locales en una "situación estratégica compleja", los desfases y encadenamientos de las relaciones de fuerza y su cristalización institucional macrosocial son todos factores que deben conducir a plantear en otros términos el enfrentamiento del poder.... (24).

Deduce que tal "situación estratégica compleja" supone que los diversos terrenos de ejercicio del poder no se encuentren aislados entre sí. Esto es relevante desde una perspectiva feminista pues:

...Si se propone una estrategia tendiente a desarrollar relaciones sociales no asimétricas, ella debe plantear, por esta misma razón, un enfrentamiento global y estratégico, que permita relacionar los enfrentamientos locales, impulsar rupturas en la estrategia global, actuar como vinculante; se debe asegurar que las microrrevueltas

no puedan ser, simplemente, asimiladas mediante una nueva definición de los soportes, e impedir la creación de una nueva envoltura estratégica que organice el poder y genere nuevos dispositivos.... (25).

Por lo tanto se enfrenta un doble desafío en la construcción política de un sujeto popular en el campo feminista:

- "un enfrentamiento global y estratégico de las relaciones de poder tiene que involucrar medularmente planteamientos sobre el Estado" (26), y
- un enfrentamiento del poder a nivel disperso que permita subvertir las asimetrías de poder que provoca la desigualdad entre los géneros.

Desde una perspectiva genérica, el compromiso político de las mujeres adquiere una doble dimensión, una que tiene que ver con su desarrollo personal y otro con su compromiso social. Luchar desde la cotidianidad, implica luchar por ellas mismas, por su emancipación, identidad y bienestar personal, al mismo tiempo que se asume una lucha a nivel público, con el grupo o comunidad del cual se forma parte. Esta doble dimensión sirve para desarrollar una cohesión y solidaridad grupal, que al mismo tiempo se constituye en impulso de sus luchas.

Sin embargo, la politización puede ser vista desde diferentes perspectivas. En primer lugar, dentro del concepto de modernización de la sociedad y la política. Se parte de que los requerimientos del sistema político son la absorción continua de los conflictos (luchas y demandas sociales) por medio de su politización, es decir, haciéndolos formar parte de decisiones que son negociadas entre actores sociales continuamente ampliados o reconocidos (Eisenstadt, 1968). Este planteamiento supone que el reconocimiento de los actores implica por sí mismo la igualdad de poder entre ellos. Por eso pueden pactar como si se tratara de iguales. Pero realmente se trata de una manipulación deliberada que ofrece una solución simbólica a los déficit de legitimación del sistema político, sin arriesgar la lógica del poder-dominación (Habermas, 1989).

Una segunda perspectiva la expone Habermas al entender la politización de las nuevas demandas como una necesidad funcional del sistema de "...independizarse en lo posible del sistema de legitimación..." en crisis. El modo de compensar los déficit de legitimidad encontraría un límite en la separación entre lo público ("ámbito de la acción administrativa") y lo privado ("la tradición cultural" o ideología vigente). De esta forma, al reconocer los nuevos actores, el Estado estaría ampliando el campo de las demandas sociales, pero al mismo tiempo, con este reconocimiento, se abre la posibilidad de reconducirlas en favor de una nueva legitimación que podría ser de cualquier signo.

Si esto es así, la superación de la actual crisis de legitimación de los sistemas políticos vigentes en la región, estaría asociada a la construcción de una nueva legitimidad, que no puede ser sino democrática. El reconocimiento de los nuevos actores sociales portadores de nuevas demandas parece indicarlo. Mas, las nuevas demandas y actores que introducen la vida cotidiana en el ámbito político, parecen exigir una radicalización de la democracia; que como se ha visto, implica no sólo lo político en términos tradicionales sino también la democracia social y la democracia económica. De ese modo, como ha señalado Agnes Heller, la radicalización de la democracia que se plantea desde los movimientos populares de mujeres -y desde otros movimientos sociales- constituye una estrategia de transformación social global (Heller, 1982).

En la actualidad, ciertamente, en el terreno de los movimientos sociales, las organizaciones de mujeres representan un poder emergente. Son un indicador de su contribución al proceso de diferenciación social y la creciente demanda de reconocimiento de nuevos actores sociales en las sociedades de la región, como parte del llamado proceso de "modernización" del sistema político, que todos los días reclaman diversos actores y proclama el propio Estado.

Pero la constitución del movimiento de la mujer como sujeto, conlleva la autonomía como condición sine qua non. Sólo desde la autonomía del movimiento éste podrá articular las diversas demandas

en un discurso de género que identifique su posición de sujeto. Y esta articulación desde este discurso propio puede constituir en la coyuntura actual de la región latinoamericana un momento de la construcción contrahegemónica por la configuración de un nuevo poder social que no esté basado en la lógica del poder-dominación. Cobra así sentido la advertencia de las feministas del movimiento de salud internacional: "...Hay que ser cuidadosa de no aceptar la agenda de ellos y de mantener una identidad y una independencia feminista separada..." (Hartmann, 1991).

Bibliografía citada

Báez, Clara. 1988. "Informe sobre la situación social de la mujer en el contexto histórico de las transformaciones económicas, demográficas y culturales de la República Dominicana a partir de la década de 1960". En *Ciencia y Sociedad*, vol. XII, no. 1, enero-marzo. INTEC, Santo Domingo.

Barbieri, Teresita de y Orlandina de Oliveira. 1987. *La presencia de las mujeres en América latina en una década de crisis*. CIPAF, Santo Domingo.

Blacman, Morris. 1980. "Selective Omission and Theoretical Distorsion in Studying the Political Activity of Women in Brasil." En *Sex and Class in Latin America*, editado por June Mash y Helen Safa. Bergin Publishers, USA.

Bonder, Gloria. 1982. "Los estudios de la mujer y la crítica epistemológica a los paradigmas de las ciencias humanas". Primer Coloquio Internacional sobre Investigación y Enseñanza Relativos a la Mujer. Instituto Simone de Beauvoir de la Universidad de Concordia, Montreal.

- Brugada, Clara M. 1985. "La mujer en la lucha urbana y el Estado". Seminario Estado y Movimientos Sociales Urbanos en México. Regional de Mujeres del Valle de México de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular. UNAM, México. Mimeo.
- Castells, Manuel. 1981. *Crisis urbana y cambio social*. Siglo XXI, Madrid.
- . 1982. "Sociología comparada de los movimientos sociales urbanos". Seminario. Universidad Autónoma de México, México. Transcripción.
- Cela, Jorge, Isis Duarte y Carmen Gómez. 1987. "Población, crecimiento urbano y barrios marginados en Santo Domingo, D.N." Foro Urbano. IEPD, Santo Domingo.
- Eisenstadt, S. N. 1968. *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen. 1989. *Crisis de legitimidad en el capitalismo contemporáneo*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hartmann, Betsy. 1991. "Una evaluación feminista". Ponencia en la Sexta Reunión Internacional de Mujer y Salud en Manila, 1990. En *Red Mundial de Mujeres para los Derechos Reproductivos*, boletín 34, enero-marzo. Amsterdam.
- Heller, Agnes. 1982. *Revolución de la vida cotidiana*. Península, Barcelona.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1987. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI de España, Madrid.
- Massolo, Alejandra. 1986. "Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México". En *Revista Iztapalapa*, no. 9, junio-diciembre. México.

Massolo, Alejandra y Lucila Díaz Ronner. 1985. "Consumo y lucha urbana en la ciudad de México: mujeres protagonistas". En *De la Metrópoli Mexicana*, vol. VI, no. 15, mayo-agosto. UNAM, Azapozalco, México.

Matías, Bernardo. 1986. *El poder barrial. Acción liberadora*. CEDEE, Santo Domingo.

Sojo, Ana. 1985. *Mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*. DEI, San José, Costa Rica.

Villamán, Marcos. 1987. "Organizaciones populares y construcción de la democracia". En *Estudios Sociales*, año XX, no. 69, julio-septiembre. Amigo del Hogar, Santo Domingo.